

LA CONTROVERSIA RELIGIOSA

Enero 9 de 1872.

Controversia es el raciocinio aplicado, por medio de la contradicción, al esclarecimiento de una materia dada; y por lo mismo, una arma de que se valen naturalmente los hombres para defender sus doctrinas u opiniones y combatir las opuestas. Por esta razón la Iglesia Católica, como cualquiera otra escuela docente, ha creído de su derecho valerse de la controversia, para acreditar su doctrina; ya sobre las doctrinas opuestas procedentes de distintos orígenes, ya sobre las disidentes o heréticas originadas accidentalmente en su propio seno.

A fines del siglo IV el Senado Romano promulgo un edicto en que se abolía el culto gentílico, después que sometida la cuestión a público debate, el cristianismo por boca de San Ambrosio, triunfó del paganismo defendido por Símaco, orador famoso en aquellos tiempos. El siglo XIX no ha sido menos fecundo que los anteriores en controversias católicas, y hoy mismo la Iglesia los tiene de primera nota. Con todo esto, el carácter especial, mejor dicho, excepcional de la doctrina, católica, que es palabra de Dios, a diferencia de las otras doctrinas; que son en lo religioso, o ficciones humanas o adulteraciones más o menos remotas de la verdad, así como las circunstancias peculiares de los pueblos, donde esta

doctrina experimenta contradicción, son parte para que la controversia religiosa tome a su vez cierto carácter especial, y exija de parte de los que la sostienen en pro del principio católico, condiciones y requisitos particulares.

Una de las notas que mejor caracterizan el cristianismo, y que por lo mismo ha de influir grandemente sobre la manera como los católicos debemos defender en polémica nuestra creencias, es el concepto que formamos de nuestra fe, a diferencia de la fe simplemente humana, siendo la primera en su origen un don de la liberalidad de Dios, al paso que la segunda es un asentimiento natural o habitual de nuestra limitada inteligencia a principios que pueden ser verdaderos y pueden también ser falsos. La doctrina católica a este respecto, puede compendiarse en las siguientes palabras del Venerable Granada:

“Hay, dice aquel insigne doctor, dos maneras de fe; una que llaman adquisita y otra infusa. La adquisita es la que se adquiere por muchos actos de creer; cual es la que tiene el moro o el hereje, que por la costumbre que tiene de dar crédito a sus errores, viene a afirmarse tanto en ellos, que apenas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprendido: Mas fe infusa es la que el Espíritu Santo infunde en el ánimo del cristiano; lo cual comúnmente se hace en el Santo Bautismo, donde juntamente con la gracia le infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Esta es una especial y sobrenatural gracia del Espíritu Santo, infundida en el entendimiento del cristiano, la cual lo inclina eficazísimamente a creerlo que la Iglesia le pro-

pone, *sin ver la razón en que se funda*. Porque lo que hubiera de obrar la razón, si la hubiera, eso mismo obra por más excelente manera aquella invisible lumbré del Espíritu Santo. Lo cual se ve en la constancia de los santos mártires, y particularmente en, muchas mujercitas simples y mozos de poca edad, los cuales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe, estaban tan firmes en ella, que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesión de ella. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenían, obraba en ellos esta lumbré de fe que decimos.

“Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos) con todo eso no tiene claridad ni prueba de razón; porque hay cosas que sobrepujan toda razón, como es el misterio de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación del Hijo de Dios, con todos los otros artículos de la fe que Nuestro Señor Dios tuvo por bien revelarnos; sin lo cual no era posible que la razón humana los pudiese comprender. Y por esto dice el Apóstol que la fe es de las cosas que no se ven; esto es, de las que no se alcanzan por sola razón, sino por revelación de Dios. Y en sujetarse el entendimiento a que crea por fe lo que no alcanza por razón, está el merecimiento de ella. Lo cual declara el mismo Apóstol, por ejemplo de Abraham; al cuál, siendo de edad de cien años; y su mujer Sara de noventa y estéril, prometió Dios que daría un hijo; lo cual por vía de naturaleza era imposible; mas el santo patriarca, aunque no veía

razón para esperar tal fruto, creyó fielmente la palabra de Dios, y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia; y así lo será a todos los que con semejante fe y devoción creyeren lo que Dios nos ha revelado; de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere más remontada y encumbrada sobre toda razón, tanto será mayor el merecimiento de la fe”.

De estos principios, que no son otros que los de la Iglesia Católica, nacen inmediatamente, para el católico, multitud de consideraciones relacionadas con la cuestión de la controversia religiosa.

Notemos la conexión lógica entre el principio que acaba de presentarse y los principios fundamentales de una doctrina que, como la católica, es creída y defendida por sus adherentes como una en sí misma y la única verdadera. Hay un hecho culminante que, bien atendido, manifiesta claramente la conexión lógica que acabamos de señalar; y este hecho es el contraste notable que presenta el carácter vario, movable y múltiplo de todas las opiniones humanas, por una parte, y por otra, el carácter fijo, permanente y universal de la doctrina católica. Porque, fuera de ésta, no hay otra alguna que al transmitirse, no se vaya alterando y diversificando. ¿Y cuál será la causa de que la doctrina católica pueda incorporarse, sin alteración, en almas de todas condiciones? ¿Qué riego secreto, qué virtud oculta es la que prepara el terreno de las inteligencias humanas para recibir esta simiente, de manera que en todas, por diversas que sean, pueda germinar, crecer y dar frutos sin variación ni adulteración? Si recorremos la escala de los motivos humanos,

forzoso es reconocer que ninguno de ellos explica el fenómeno propuesto. No es la facultad del raciocinio o juicio privado; pues todo principio sometido al juicio privado experimenta alteraciones correspondientes a la manera especial de discernir de quien lo ejercita; como sucede en el protestantismo, donde la idea cristiana se ha multiplicado en tántas opiniones como cuenta individuos y como maneras de ver sucesivas hay en cada individuo. No es tampoco el hábito; pues, en primer lugar, el catolicismo, como su nombre lo dice, no depende de ningún género de tradiciones ni costumbres locales; y en segundo lugar, es potestativo de nuestra religión ganar almas a su seno venciendo aun los hábitos más arraigados; de que es ejemplo un San Agustín; lo cual no sucede en las falsas religiones. No es, en suma, ningún motivo humano; pues los brotes de la fe católica son de un carácter tal que no permite imputarlos a motivos humanos. Se nos dirá aquí que el motivo de la unidad de nuestras creencias puede hallarse fuera de las almas, en la autoridad de la Iglesia fundada por el mismo Jesucristo para enseñar el Evangelio a todos los hombres. Sea enhorabuena; lejos, muy lejos estamos de negar la necesidad de la autoridad de la Iglesia para establecer la fe. “Yo no habría creído en el Evangelio, decía San Agustín, Si la autoridad de la Iglesia no me lo hubiese propuesto”. Mas de la necesidad de la Iglesia para establecer la fe, no se sigue que no haya necesidad de una gracia pre-disponente a recibir lo que la Iglesia propone. La Iglesia es una necesidad objetiva general; la fe lo es subjetiva o individual; y ambas concurren a un mismo

fin, es a saber, a fijar la palabra de Dios en las almas. La Iglesia propone esta palabra; mas el alma necesita para admitirla, la predisposición que entendemos por dón de la fe sobrenatural.

Con este podernos sentar que la necesidad de la fe como dón del Espíritu Santo es, cuánto a lo primero, un dogma de nuestra Religión; y además un principio lógicamente conexionado con la esencia de ésta misma Religión. El católico empieza por ser sólo creyente; y siéndolo, es asimismo lógico en sus creencias. No sucede lo propio con las otras religiones. El que, como el mahometano, no tiene para creer otro fundamento que la autoridad o el hábito, no puede sostener la verdad de lo que cree, pues no tiene otros argumentos que el hábito o la autoridad; y ni el hábito ni la autoridad contienen en sí mismos caracteres esenciales de verdad; y el que, como el protestante, profesa el juicio privado como principio esencial de su creencia, no puede sin contradicción hablar del dón de la fe; pues el dón de la fe es forzoso que lleve a la adopción de doctrinas superiores al juicio privado, so pena de dejar de ser lo que suena, multiplicándose en tendencias parciales que a nada más conducen que a la adopción de lo que el juicio privado nos dicta con detrimento de la verdad, que es una, suprema, y exenta de alteraciones. Si han de ser lógicos, el mahometano defienda la autoridad con la autoridad, el hábito con el hábito, la fuerza con la fuerza; el protestante defienda el raciocinio con el raciocinio, el juicio privado con el juicio privado; ellos, en suma, siendo consiguientes, no pueden defender sino las armas

con que combaten. Los católicos nos hemos valido también de esas armas, más o menos justas¹, según nuestros mismos principios; hemos propugnado con la razón y con la fuerza; pero no es la fuerza ni la razón lo que defendemos; ni es eso lo que caracteriza nuestra causa, como han podido pensar erróneamente los adversarios, juzgándonos por su manera de ser; lo que defendemos es la verdad, y lo que nos caracteriza es la fe.

¿Qué diferencia tan grande no se echa ya aquí de ver entre nuestra Religión y las otras religiones? ¿Y qué consuelo y qué tranquilidad no debe sentir el católico al considerar los sólidos fundamentos de sus creencias, arraigadas por dentro en la divina Gracia, y resguardadas por fuera de muros humanos, que pueden considerarse como mera ornamentación comparados con la solidez intrínseca de aquellos mismos fundamentos?

La primera consecuencia que de aquí nace en lo tocante a controversia religiosa, es que el católico no debe mirarla ni con el desprecio que el fanático ni con la importancia que le da el libre pensador. No con el desprecio del uno, porque la facultad del raciocinio es noble facultad, rica dádiva que merece nuestro respeto y que manda nuestro agradecimiento a su autor. No con la importancia que el segundo, ya porque la razón no es el único dón que debemos al Hacedor, ni el único medio de que se vale para atraernos; ya porque el demasiado aprecio de una facultad tan personal como la del raciocinio llevan consigo el pecado de soberbia,

¹ A emplear las justas exhorta San Pablo 2. Cor. VI, 7.

y la alteración, como lo vemos entre los protestantes, y la disolución de las verdades que el mismo Señor nos enseña por boca de su iglesia, no para que las *erijamos* en verdades, que de suyo lo son, mas para que de ellas nos aprovechemos con humildad de espíritu.

Por el católico el raciocinio no debe ser considerado como objeto de creencia, sino como medio, y no único, de atraer a ella, al que niega, y como medio, tampoco único, de confirmar en ella al que vacila. De aquí se sigue, en primer lugar, que antes de entrar en controversia debemos ver si no hay algún otro medio más oportuno y más expedito de obtener el fin laudable que nos proponemos. Con esta precaución demostraremos que buscamos la honra de Dios más bien que el lucimiento de nuestro talento o destreza, para acrecentarla. La caridad, el buen ejemplo, el silencio mismo en ocasiones, son medios más oportunos que la disputa, para conquistar las almas. El sistema de propaganda que has de seguir el católico en la conquista de almas, lo simbolizó nuestro Redentor en la pesca milagrosa. El no examinó los hilos de que estaban tejidas las redes; sino que mandó cenarlas; ni fijó en su infinita sabiduría, el método de pescar, sino que se contentó con instituir a sus discípulos pescadores de almas. ¡Qué diferencia entre las grandes y fecundas fórmulas de nuestro Salvador, en medio de su sencillez, y las restrictas y estériles de la sabiduría humana, a pesar de su sonoridad! Recorriendo la historia del establecimiento del cristianismo vemos extenderse la red de Pedro, y tenemos que convenir en que el raciocinio es sólo uno de los hilos de esta

inmensa red. Emplee cada uno el instrumento que está a su alcance y en el lugar que pueda, seguro de que el filósofo como el ignorante, el grande como el pequeño, siendo cristianos, son pescadores en una misma barca, y que con la gracia de Dios la pesca de los menos ejercitados puede ser la más abundante.

En segundo lugar, si por circunstancias especiales es llegado el caso de entrar en controversia, es menester que el católico que la sostenga, lo haga con serenidad, manifestando desde luego que en la argumentación, aunque salga en ella triunfante, en lo que principalmente estriba su convicción, sino en la fe que debe a Dios. De la argumentación debe valerse para preparar al adversario a esta misma fe, o para afianzar en ella al que empieza a desviarse; mas no para descubrir la verdad, suponiéndola absolutamente desconocida por ambas partes; porque este sistema, que no es otro que la tabla rasa cartesiana, envuelve una especie de abdicación de la fe que se trata de sostener. Un católico no debe, no puede sin contradicción, entrar en polémica diciendo a su adversario; “Vamos a discutir la cuestión religiosa, a ver si me convencéis o yo os convengo”. Y no puede usar de este lenguaje, porque eso equivale a colocar sobre un mismo pie la creencia católica con cualquiera otra creencia, lo cual es incompatible con el hecho que dejamos expuesto, a saber, que nuestra creencia se apoya en la fe y se defiende con el raciocinio, a tiempo que las demás creencias pretenden a lo sumo tener por base el último, mas nunca la primera. Por consiguiente un buen católico no puede usar para con su adversario sino

un lenguaje semejante a éste: “Yo entro con vos en discusión para probaros que mi fe puede defenderse con las armas de la razón; y esto para honra de Dios y para aprovechamiento vuestro. Deseo lograr venceros con las armas de la razón, a fin de inclinaros a la fe. Mas si lográis vos dejarme sin respuesta en esta discusión no por eso me daré por vencido; pues yo tengo el asilo de mi fe, a donde no alcanzan los tiros del racionio”. Tales son las disposiciones con que los católicos debemos luchar con nuestros adversarios, o presenciar el combate que con ellos sostienen los adalides de nuestro campo.

Estas disposiciones creemos que están en perfecta consonancia con el espíritu del Evangelio. “Bienaventurados, dice Jesucristo, los que oyen la palabra de Dios y la guardan”. ¿Y será por ventura guardar la palabra de Dios desglosarla, cómo hacen los protestantes, del arca en que debiera conservarse, y entregarla a público debate predispuestos a abandonarla como legítimo despojo de guerra, en llegando a ser vencidos en los palenques del racionio? No por cierto: guarda más bien la palabra de Dios, quien combate por ella, mas sin exponerla nunca a los reveses del combate. Aclara este sentido San Pablo, que más de una vez exhorta a sus discípulos a “guardar el buen depósito evitando novedades y contradicciones”².

En otro lugar del Evangelio nos manda el Señor asemejarnos a los niños y recibir cómo niños el reino de Dios si queremos entrar en su gloria.

² Paul. 1 Tim. VI 20. It. 2 Tim. I. 13, 14.

Parece no haber duda en que asemejarnos a niños quiere decir revestirnos de la docilidad e inocencia que los distingue. Ahora pues: no caben estas condiciones en un controversista que hace depender la creencia que profesa o que trata de persuadir, de sólo la fuerza de su argumentación, de su juicio privado, de méritos suyos personales. Mas el que razonando en torno, digámoslo así, del asilo de su fe, vuelve siempre a él con respeto y sumisa adhesión, ese tal cumpliendo por un lado con el consejo de San Pablo de ofrecer obsequios intelectuales a nuestra fe, *rationabile obsequium*, cumple asimismo con el precepto del Redentor, aceptando con sencillez, con pudor de niño, dado que nuestra fe es algo como el pudor de la inteligencia, todo cuanto la Iglesia propone y amonesta. Tal es el sistema de los Doctores católicos. Sus libros más acreditados llevan siempre al frente una *protesta* del autor; no la protesta del que se subleva, sino la del que se humilla, como un niño, ante la autoridad encargada de enseñar y corregir. Por este medio los grandes Doctores católicos pueden acogerse sin temor a aquel dulce llamamiento; “Dejad a los niños que vengan a mí”.

Obsérvese que si este procedimiento está de acuerdo con el espíritu del Evangelio, es además perfectamente lógico. Con efecto, si los católicos creemos con fe intrínseca que nuestra doctrina procede de Dios, que es palabra de Dios, lógico es que creamos en ella a pesar de cualquiera contradicción que se suscite, ya sea individual, ya social, ya de parte de los sofistas, ya de parte de los tiranos. Con la misma firmeza resistieron los

antiguos cristianos a la tiranía de un Nerón que a la amenazante reforma de un Arrio. Las inspiraciones de nuestro propio entendimiento son también enemigos a que debemos negar, hospedaje cuando atentan contra la limpieza de la fe que nos ha sido confiada. Porque el entendimiento es débil y escasa la humana ciencia. No hay hombre ¿qué es hombre? no hay siglo que pueda envanecerse de haber abarcado, en lo humano, la verdad completa. Ahora bien: todo conocimiento incompleto implica *ipso facto* algún error. ¿Cuántas preocupaciones de los anteriores siglos no han sido desvanecidos a la luz del que alcanzamos, que a su vez mezcla a sus grandes descubrimientos errores que toca poner de manifiesto a épocas más adelantadas? En esta incertidumbre, llegado el caso en que la ciencia humana parezca oponerse a la doctrina católica, ¿cómo podremos descubrir si esta contradicción procede de la parte errónea de la ciencia o de su parte verdadera? La ciencia contradujo ayer relaciones de los Libros Santos que hoy, con mejor acuerdo, empieza a confirmar; ¿cómo sabemos lo que ha de decir mañana? En esta oscilación no hay más que dos caminos puramente humanos, y otro católico. De los dos primeros consiste el uno en desconfiar de todo esperando que al cabo de larguísimos siglos llegue la humanidad a adquirir la ciencia de sus destinos, cuya necesidad siente tan imperiosamente. Tal insinúa Jouffroy; tal Renán en su impío libro *Vida de Jesús*. Pero ¡qué miserable consuelo! ¡qué remota esperanza! El segundo camino consiste en erigirse cada individuo en juez entre la ciencia y la religión. Tal es el método pro-

testante y racionalista. Pero ¿cuál es el hombre, sino ciego de soberbia, que pretenda levantarse como inmenso coloso oprimiendo con un pie el siglo y con el otro la eternidad? Un desaliento completo y una soberbia desmedida son, en estos grandes juicios contradictorios, las únicas vías expeditas fuera del camino real del catolicismo. El católico lejos de escepticismo del uno como del orgullo del otro, confía en Dios y descansa en su Iglesia al través de las más rudas pruebas. Si argumentos humanos confirman su religión, felicítase por este acrecentamiento; si la contradicen, no por eso desalienta. El sabe que Cristo está presente en todos los tiempos, y que de su boca sale esta palabra para consuelo de todos sus seguidores: *Nolite timere*; no temáis³. Sabe, por otra parte, que el mismo Cristo le tiene anunciada esta larga serie de rudas pruebas de todo género, pruebas del orden material como del intelectual, prometiéndole la salvación si al través de todas ellas supiere perceber hasta el fin⁴.

Y esta es la conducta que han seguido en épocas críticas los discípulos de Jesucristo. Cuando San Fructuoso, Obispo Tarraconense del siglo II, eran conducido a la hoguera por causa de su fe, como se le acercase un joven a suplicarle no se olvidase de él para con Dios, el santo le contestó: “Yo no debo ocuparme en estos momentos sino del pensamiento de la Iglesia Católica, extendida del Oriente al Occidente”. Y sin embargo, aún

³ Esta palabra sale de la boca de un ángel para animar a todos los que buscan a Jesús, y de la boca del mismo Jesús para consuelo de los que les hallan. (Math. XXVIII 5, 10).

⁴ Math. X.

faltaba mucho para que se realizase en toda su extensión la palabra del santo: aún no se había descubierto el nuevo continente, y en el antiguo el cristianismo, como germen enérgico, pugnaba por desarrollarse entre infinidad de elementos humanos, acumulados por la mano del tiempo, que parecían conjurarse en su daño. Con todo eso, el santo era de los que poco vieron y mucho creyeron; por la fe miraba como presente lo que hoy vemos realizarse.

Ahora, séanos lícito preguntar: ¿Abunda entre los controversistas católicos del día esta fe viva? Sin duda que muchos dan buenas muestras de ella; pero otros, (ojala que estemos engañados!), muestran por el contrario, tibieza de fe en el mismo vehemente esfuerzo con que combaten, en la misma acaso desmedida importancia que atribuyen a la fuerza de la argumentación. Soldados valientes, partidarios decididos, pero que no confían bastantemente en la causa misma que defienden. Para andar sobre este mar de la vida, al llamamiento de Jesús, no basta entrar con decisión y amor; forzoso es entrar con fe, porque es la fe la que congela las aguas bajo nuestros pies. Dicho sea con reserva: estos controversistas que combaten con energía pero con poca fe, que hacen alarde de fuerza por lo mismo que se sienten débiles, son demasiado racionalistas, están en cierto modo contagiados de la enfermedad que atacan. Guardémonos de imitarlos.

En tercer lugar, así corrió la argumentación no es la única arma de que puede valerse el católico en defensa de sus creencias, del mismo modo no es tal o cual modo de razonar la única argumentación

de que dispone. Hay mil modos católicos de discurrir: teológicos, metafísicos, alegóricos, históricos, estéticos. El modo de razonar de nuestro Redentor, si bien acomodado a veces a las costumbres de la época y la nación judaica, es tan anchuroso, fecundo y original, que mal pudiera reducirse a las clasificaciones de los lógicos; tan sorprendente, por otra parte, que no permite detenerse a analizarlo conmueve, persuade, atrae; sin revelar el secreto de sus prestigios. Los Apóstoles, a su vez, adoptaron diversas clases de razonamientos según las circunstancias.

A este propósito observa Wiseman, que al mismo tiempo que los Apóstoles de los judíos los llamaban a Jesucristo recordándoles profecías cumplidas, como se ve en San Felipe, que con una sola reflexión sobre Isaías le abrió los ojos al eunuco de la Reina de Etiopía; el Apóstol de los gentiles, teniendo que entenderse con quienes no sabían de las profecías, recurría a un orden de pruebas distinto, citándoles las palabras de sus mismos poetas, y hechos como el de haberle erigido un altar *al Dios desconocido*, cual pruebas o móviles para atraerlos al cristianismo. Y descendiendo de allá a los tiempos modernos, nota el mismo Wiseman, la diversidad de motivos que impulsaron a varios sabios, especialmente alemanes, a abrazar el catolicismo: quiénes hallaron la primera luz en sus estudios históricos, el profesor Phillips uno de ellos; quien, como Stolberg, Schlegel, Molitor, en medio de sus meditaciones estéticas; éstos profundizando el estudio de la economía política, ejemplo el publicista De Coux; aquellos otros, como Adán Muller, en el estudio del derecho públi-

co⁵. Convengamos, pues, en que es infinita casi la variedad de racionios por donde, como también por canales de otro orden distinto, puede abrirse paso la gracia de Dios al corazón del hombre.

Síguese de todo lo dicho que la argumentación no crea la fe, sino que despierta las almas a la fe; y vemos que lo consigue ya de un modo, ya de otro; ya con dificultad, ya sin ella; ora a la larga, ora en breves momentos. Por esta razón la Iglesia Católica no le da a la argumentación, como hacen los racionalistas, una importancia esencial, sino relativa, en cuanto propende a los altos fines de la conversión y salvación de las almas. ¿Qué importa un razonamiento elegante si no produce frutos de virtud? Y permítasenos notar aquí una cierta contradicción de parte de los enemigos de la Iglesia. Sabido es que a los doctores católicos se ha tachado de ceñirse demasiado al método deductivo y al silogismo; cosa por una parte inexacta, pues fácil sería demostrar que ni el método deductivo puede dar un paso sin el inductivo, ni éste sin aquél; cosa que por otra parte poco prueba, pues el silogismo, más que una manera de raciocinar, es una forma a que pueden adaptarse pensamientos de diferentes clases. Ahora bien: esos mismos hombres que con ocasión del silogismo han tratado de desacreditar las enseñanzas filosóficas de las escuelas católicas, son los mismos que hacen hoy cargo a la Iglesia de ser demasiado restricta en su manera de ar-

⁵Wiseman, *Lectures on the principal doctrines of the cath Chureh. Introduction.*

gumentar, y se la acusa al mismo tiempo de usar de todo género de razonamientos. La Iglesia seguirá usando de esta argumentación llamada teológica, supuesto que quizá con más eficacia que otras, según demuestra la experiencia contribuye a avasallar los entendimientos a la fe.

Y es que la Iglesia conoce al hombre mejor que la humana Filosofía. Mientras ésta le considera dotado de solas ciertas aptitudes intelectuales, ella le habla a su alma y a su corazón; a su espíritu y a sus sentidos; a su imaginación y a sus esperanzas; comprende que muchas y a veces misteriosas son las facultades por donde puede el hombre comunicar con la verdad, y de todas hace uso como de otros tantos resortes para convertir y elevar las almas. Humanamente hablando, el cristianismo no hubiera podido progresar un solo paso si se hubiera detenido a satisfacer la viciosa curiosidad de la razón. Esta por sí sola no hubiera podido dar a los Patriarcas la garantía de sus solas esperanzas que gloriosamente se cumplieron con la venida del Mesías, ni ofrecer a los Apóstoles demostración alguna de los misterios que rodearon la curia del Salvador. El mismo *¿cómo puede ser?* que murmuran hoy los incrédulos con motivo de la infalibilidad del Papa y del deber en que están los Gobiernos civiles de incorporarse en la comunión católica, murmuróse siglos há con motivo, primero de la Encarnación, y después, de la Resurrección del Hijo de Dios. La sola Razón no comprende a la Verdad, y la Verdad sigue su triunfal carrera, y la Razón va, mal que le pese, atada al carro providencial de la Verdad. Y es que la Verdad es más grande que

la Razón; es anterior a la Razón humana: *antes que Abraham fuese, yo soy*⁶, dice con el Verbo. Ella se comunica al hombre, más que *ocupando* su razón, impresionando su naturaleza por medio de la gracia. El hombre, sin *comprenderla*, la siente y la adora, y magnéticamente la sigue. Así ha triunfado del hombre y del género humano. Sus razones no se formulan: circulan en la sangre de la Humanidad redimida.

No queríamos que de las reflexiones propuestas se dedujesen conclusiones demasiado latas. No negamos la razón, no la despreciamos con los tradicionalistas. Hemos tratado de rebajar algún tanto la importancia excesiva que algunos atribuyen a la controversia y a cierto género de controversia. Mas no es nuestro ánimo extender lo dicho a los estudios conexos con lo que forma el objeto o materia de la controversia religiosa; todo lo contrario; sería muy plausible, en nuestro sentir, que a esta clase de estudios sé dedicase todo el esfuerzo que algunos ponen en disputar. El estudio profundo y tranquilo de las grandes cuestiones religiosas; o sea de la teología y de la historia; hecho con paz, humildad y fe, eleva el espíritu sin exponerlo a los peligros que nacen del prurito de contradicción. El punto a que desearíamos haber llamado la atención de nuestros lectores, se reduce, en suma, a este pensamiento: la controversia es una espada de que el católico no debe echar mano sino, como en antiguas justas, después de romper lanzas; y todavía si se ve obligado a blandirla, no debe fiarlo todo de ella.

⁶ Joan VIII 58.

Quédale todavía, si es buen católico, la impenetrable armadura de su fe. No confundamos las batallas de los entendimientos con la gran guerra del espíritu: del catolicismo puede decirse lo que alguien dijo de la libertad: que podrá perder batallas, pero jamás la guerra.